

Proceso de configuración del campo historiográfico uruguayo

Configuration process of the Uruguayan historiographical field

Tomás Sansón Corbo

Professor
Universidad de la República
slbt@hotmail.com
Magallanes 1577
C.P.: 11.200 - Montevideo
Uruguai

Resumen

La configuración del campo historiográfico uruguayo fue lenta. Comenzó a definirse a mediados del siglo XX cuando se establecieron centros de formación y profesionalización como la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República (1945) y el Instituto de Profesores Artigas (1949). Sus antecedentes se remontan al período de la modernización y estuvieron articulados en un difuso espacio transnacional, rioplatense, pautado por una intensa interacción de autores y corrientes que generaron relatos fundantes y mitemas identitarios de carácter nacionalista. Los objetivos de este artículo son analizar sus antecedentes, su proceso de consolidación e identificar sus características particulares.

123 Palabras-clave

Historiografía; Campo historiográfico; Uruguay.

Abstract

The configuration process of the Uruguayan historiographical field was slow. It began to be defined by the middle of XXth century when education and professionalization centers like the Faculty of Humanities and Sciences of the University of the Republic (1945) and the Institute of Professors Artigas (1949) were established. The backgrounds go back to the period of modernization and were articulated in a diffuse transnational space, of Rio de la Plata area, conditioned by the guidelines provided by an intense interaction among authors and currents which generated founding stories and identity mythemes of nationalist character. The objectives of this article are to analyze its records, its consolidation process, and to identify its particular characteristics.

Keyword

Historiography; Historiography field; Uruguay.

Enviado em: 3/12/2010
Aprovado em 21/2/2011

Hasta mediados del siglo XX, no existió en Uruguay un campo historiográfico. No se dieron las condiciones necesarias para viabilizar un ámbito autónomo y específico de investigación y producción, estructurado en base a relaciones de competencia y complementariedad entre agentes aislados (los historiadores) o sistemas de agentes (corrientes historiográficas, academias, cenáculos). La indagatoria respecto del pretérito estuvo condicionada y estimulada desde el Estado, limitando las competencias por la hegemonía y validación entre los agentes. No obstante, a partir del nacimiento de la República independiente (1830) comenzó un largo, pero sostenido, proceso de evolución de los estudios y la investigación histórica. Paulatinamente, fueron dándose condiciones favorables para lograr su autonomía, viabilizando el “juego” entre sus agentes – a efectos de conquistar, legitimar, y conservar posiciones hegemónicas en función del “capital” detentado (económico, social, cultural y/o simbólico) – y normalizando el acceso, acción, permanencia y exclusión del campo de acuerdo a reglas definidas por los propios agentes, según su posición (dominadores o dominados) y “peso funcional” (autoridad [poder]) (BOURDIEU 2002, p. 10 et seq.).

Los estudios y la investigación histórica en Uruguay: antecedentes

La situación del Estado Oriental a partir de 1830, fecha de la Jura de la Constitución, fue problemática debido a diversos factores –guerras civiles, economía monoprodutora, soberanía condicionada por la influencia de las parcialidades políticas (-“partidos”) de Argentina y la absoluta indefinición de las fronteras territoriales con Brasil, entre otros- que afectaron su estabilidad política y su soberanía, pautando una existencia exclusivamente nominal y jurídica.

En la primera década de vida independiente, surgieron dos “bandos” político-militares, el “Blanco” (posteriormente denominado también “Partido Nacional”) y el “Colorado”, que serían protagonistas de los grandes conflictos civiles. El más importante fue la Guerra Grande (1839-1851), una confrontación que adquirió dimensiones internacionales y dejó al país postrado económicamente, con miles de víctimas y enconados rencores. Los gobiernos posteriores, particularmente el de Bernardo Berro (1860-1864), procuraron afirmar la soberanía y lograr estabilidad. Estos ensayos se frustraron por la revolución del general colorado Venancio Flores que, con el apoyo de Argentina y Brasil, tomó el poder en 1865.

En un contexto como el referido, no se dieron condiciones favorables para el surgimiento del conocimiento histórico. La crónica, en sus diferentes modalidades (memorialista, narrativa, erudita y costumbrista) fue el estilo de producción dominante (ODDONE 1959, p. 5). Se destacaron autores como Francisco Acuña de Figueroa, Dámaso Antonio Larrañaga, Juan Manuel de la Sota (cuyos trabajos, descriptivos y cronológicos, constituyen una etapa proto-historiográfica) que no fueron historiadores *stricto sensu*, sino “intelectuales”, en el sentido más genérico de la expresión (poetas, novelistas, periodistas,

abogados, políticos), que procuraron establecer límites precisos y rasgos específicos a la República. Estuvieron al servicio de los poderes en pugna y, por tanto, mediatizados en su labor. Las condiciones de producción en Uruguay eran muy similares a las de Argentina y ambas, a su vez, contrastaron nítidamente con otras realidades como las de Chile y Brasil (cf. WASSERMAN 2008, p. 25). Los autores de ambas márgenes del Plata estaban condicionados por requerimientos societales y éticos análogos y relacionados por circuitos de intercambio cultural. Conformaron una comunidad intelectual que superaba las fronteras territoriales y que denominamos *espacio historiográfico rioplatense*: ámbito multidimensional y dinámico de geografías y campos en proceso de autonomización. Inicialmente, circunscripto al cerno originante de las capitales del Plata (Montevideo-Buenos Aires), creció en círculos concéntricos, incorporando historiadores provinciales. Generó condiciones de interacción y complementariedad entre autores, posibilitó préstamos hermenéuticos y heurísticos, y articulación de proyectos compartidos.

La disciplina surgió y se desarrolló al influjo de las demandas sociales (creación de vínculos cohesivos y consensos aglutinadores capaces de superar el caos postindependentista), y las necesidades éticas (derivadas de las dificultades de organización institucional), que requirieron del conocimiento del pasado. Cumplió un rol decisivo en la formación de la conciencia nacional. Factores diversos (dinámica de los circuitos de intercambio, surgimiento de instancias de profesionalización, disparidad de recursos, entre otros) determinaron que el eje original se fuera diversificando y, respondiendo a una lógica de autonomización fragmentada, surgiera una nueva "territorialidad": los campos historiográficos argentino y uruguayo.

El exilio montevideano de intelectuales contrarios a Rosas, durante la Guerra Grande, permitió gestar amistades y redes de intercambio – como la de Bartolomé Mitre y Juan Andrés Lamas – en torno a las cuales se articularon sinergias que viabilizarían la investigación en clave dialógica.

La búsqueda, selección y publicación de repertorios heurísticos – *Colección de obras y documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las provincias del Río de La Plata* (Buenos Aires, 1836-1837, seis tomos) de Pedro de Angelis, la *Biblioteca de El Comercio del Plata* (Montevideo, 1845-1851, once tomos) – se transformó en requisito fundamental de toda indagación.

Los tempranos intentos de creación de instituciones o centros de formación especializada no prosperaron. Tanto el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay (1843), como el Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata (Buenos Aires, 1854), inspirados en el Instituto Histórico y Geográfico de Rio de Janeiro (1838) tuvieron corta vida.

Desde el punto de vista geopolítico la situación de los Estados rioplatenses era muy compleja debido a los problemas suscitados por las luchas partidarias, indefiniciones fronterizas, y los intereses de las potencias europeas. La Guerra de la Triple Alianza (1865-1870) fue el trágico resultado de estas contradicciones. La derrota de Paraguay consolidó la balcanización platense aventando cualquier

proyecto de reunificación de los territorios que conformaron el Virreinato del Río de la Plata. Las oligarquías gobernantes debieron asumir el desafío de generar referentes identitarios¹. Comenzó entonces la efectiva “nacionalización” de los destinos de cada Estado y la fragmentación del espacio historiográfico rioplatense. Este proceso se operó en Uruguay, durante la denominada “modernización”, entre las décadas de 1860 y de 1920. Este período estuvo caracterizado por una transformación profunda de las estructuras económicas, sociales, culturales y políticas. Se articuló de acuerdo a dos modelos: el agro-exportador y el urbano-industrial.

El modelo agro-exportador fue impulsado por una nueva clase de estancieros que concebían su actividad con criterio empresarial, y estaban dispuestos a terminar con las continuas revoluciones. Por tal razón apoyaron el ascenso del ejército al poder (1876). Durante el “militarismo”, se produjeron diversas transformaciones (extensión de las vías férreas, alambramiento de los campos, mestizaje del ganado, reforma educativa, fortalecimiento del ejército) que contribuyeron a cambiar la fisonomía del país y consolidar el poder estatal.

El modelo urbano-industrial evolucionó a partir de 1886 al amparo de la débil burguesía industrial y se instrumentó fuertemente durante el período batllista (cf. ZUBILLAGA-CAYOTA 1988, pp. 37-39). José Batlle y Ordoñez, líder del partido colorado y actor político fundamental de las tres primeras décadas del siglo XX, fue Presidente de la República en dos oportunidades (1903-1907 y 1911-1915). Enfrentó y derrotó en 1904 la revolución del caudillo blanco Aparicio Saravia, última guerra civil en la historia del país. Procuró afianzar las instituciones democráticas, desarrollar la educación y crear una legislación social avanzada para la época.

Contemporáneamente a la modernización Uruguay experimentó un proceso de secularización, pautado por la creación de leyes como las de Registro de Estado Civil (1879) y Matrimonio Civil Obligatorio (1885) entre otras, que erosionó la influencia social de la Iglesia. Durante el mismo se habría generado, de acuerdo a la teoría de Anderson, un “tiempo homogéneo vacío” (ANDERSON 1997) que requirió un referente integrador nuevo. Fue necesario generar un imaginario colectivo aglutinador, definir mitos y símbolos comunes (*conditio sine qua non* para la elaboración de utopías posibles). Para concretar su objetivo, el Estado utilizó todos los recursos que tenía a su disposición. En pro del mismo laboraron, intelectuales, políticos y artistas; las temáticas y morfologías de sus producciones resultan ilustrativas de los juegos de influencias mutuas y de las homologías estructurantes que se dieron. La estructura significativa de sus obras, es decir su coherencia interna, constituye (siguiendo a Lucien Goldmann) una síntesis

¹ En este sentido, resultan muy interesantes las opiniones de Luc Capdevilla en cuanto la significación del conflicto: “Condujo a estabilizar la geopolítica regional, fijando el sistema de fronteras y haciendo de Asunción el vasallo económico de Buenos Aires”; marcó “el final del sistema geopolítico regional impulsado por el movimiento de las independencias, tomando por ciertas las formas de una regionalización de las guerras civiles del Plata. La Guerra de la Triple Alianza es por lo tanto parte constitutiva de la construcción de los estados-nación emergentes [...], una etapa importante en las estructuración de las identidades nacionales para los cuatro países implicados”. (CAPDEVILA 2010, p. 36)

de las estructuras socioeconómicas y culturales en que se produjeron (ALTAMIRANO; SARLO 1977, p. 22). En tal sentido, son representativas las homologías de carácter nacionalista presentes en la narrativa de Eduardo Acevedo Díaz, la poesía de Juan Zorrilla de San Martín, las pinturas de Juan Manuel Blanes, o los libros de historia de Francisco Bauzá.

Los historiadores contribuyeron a dotar de límites cronológicos y, especialmente, sustento racional a las entidades políticas que buscaban vínculos de cohesión para generar condiciones de desarrollo y viabilidad. En cuanto "agentes productores" de bienes culturales (libros) apelaron al "inconsciente cultural" compartido (BOURDIEU 2002, p. 47) para transmitir ciertos mensajes (certidumbres y axiomas nacionalizantes y nacionalizadores) fácilmente decodificables por el público lector que estaba munido de claves interpretativas similares, el *habitus*².

En el caso argentino la filiación de las narraciones de origen (o "ficciones orientadoras", según Nicolás Shumway), debe remitirse a Bartolomé Mitre. En 1854, postuló "la preexistencia de la nación" (ROMERO 1956, p. 241) y, por ende, su integridad e indivisibilidad. Las sucesivas ediciones de sus obras, la producción coetánea de Vicente Fidel López, y las polémicas sostenidas entre ambos, contribuyeron a definir una serie de certidumbres nacionalistas que entronizaron la Revolución y los "Principios de Mayo", a Belgrano y San Martín como pilares de la independencia.

127

Uruguay debió asumir el desafío de crear una constelación mitológica propia para afirmar su viabilidad como entidad independiente. La influencia de la historiografía argentina de matriz unitaria, fuertemente antiartiguista, ralentizó el proceso. Los gobiernos, con matices espaciales y temporales, demandaron y apoyaron la labor de los historiadores "nacionalistas" y anatematizaron a quienes cuestionaron las glorias pretéritas. El sociolecto encrático, discurso propio de los sectores sociales dominantes, administradores de las estructuras de poder (BARTHES 1994)³, operó en pro de la construcción de referentes identitarios. Francisco Bauzá fue uno de sus principales articuladores, tuvo la misión de crear un imaginario social continentador. Elaboró, en la *Historia de la dominación española en Uruguay*, un relato creíble de los orígenes de la nueva nación entendida como "comunidad imaginada".

² Bourdieu lo define como un "sistema de las disposiciones socialmente constituidas que, [...] son el principio generador y unificador del conjunto de las prácticas y de las ideologías características de un grupo de agentes". (BOURDIEU 2002, p. 106; 2001, pp. 239-240) Condiciona el tipo de comportamiento, las "prácticas", asumido por un individuo en un determinado campo. Tiende a producir (y a explicar) las prácticas objetivas de los agentes que participan en el juego y hacen que el campo funcione.

³ El discurso encrático es funcional y operativo a los intereses de los sectores socialmente hegemónicos, pretende imponer sus contenidos a través de los medios con que cuenta el Estado (sistema educativo, prensa, museos, e instituciones públicas en general, entre otros). Es difuso y masificado, difícilmente reconocible, influye en las clases subalternas y contribuye a conformar la opinión pública. El discurso acrátrico, por contraste, es paradójico pues se enfrenta a la doxa (äüüá), la opinión general, generada por el lenguaje encrático. Ambos sociolectos tienen códigos asumidos por sus adherentes que pautan las formas de expresión y comportamiento; rechazan a los que están fuera y brindan seguridad e identidad a quienes están dentro. Cada uno contiene un lenguaje político.

En relación al problema de la independencia surgieron dos interpretaciones: una nacionalista, defensora de la *tesis independentista clásica* y de Artigas como héroe nacional (Isidoro de María, Francisco Bauzá, Carlos Ma. Ramírez); y otra "disidente" o "unionista" que enfatizaba el carácter integrador y común de las historias de Argentina y Uruguay (Juan Carlos Gómez, Angel Floro Costa, Francisco Berra)⁴. La primera se transformó en "historia oficial" e impuso las certidumbres y los intereses del sociolecto encrático articulando un discurso histórico de carácter netamente performativo⁵: está dotado, en cierta medida, de una "eficacia mágica", sus enunciados constituyen verdaderos "actos de institución", de creación de héroes (San Martín, Artigas), gestas (el "Exodo del Pueblo Oriental", el cruce de los Andes), símbolos, y, en última instancia, de naciones.

Los vínculos de interacción y complementariedad entre los agentes del espacio historiográfico rioplatense comenzaron a desdibujarse sobre fines del siglo XIX. El campo argentino se dinamizó tempranamente y adquirió sus rasgos característicos en las primeras décadas del siglo XX⁶. En Uruguay, el proceso requirió más tiempo.

En las tres primeras décadas del siglo XX, el período batllista, se redefinieron los rasgos de la identidad colectiva de los uruguayos. Las reformas del período obligaron a un replanteo de la cuestión nacional, que encontró una síntesis perdurable en lo que Gerardo Caetano denominó una integración hacia "adentro". Quedó consagrada la existencia de Uruguay como país "solitario" en América Latina (cf. ACHUGAR; CAETANO 1993, p. 85). En la década de 1920, la del "Centenario" de la independencia, este modelo tuvo su apogeo. En 1923 se inauguró el monumento de Artigas en la Plaza Independencia y tuvo lugar el debate parlamentario sobre la fecha de la independencia.

La postergada constitución del campo historiográfico uruguayo puede explicarse por su persistente heteronomía y en virtud de la acción ralentizadora de la corriente historiográfica de mayor predicamento, la "escuela tradicional" o "nacionalista"⁷. Sus principales agentes – Pablo Blanco Acevedo, Eduardo Acevedo,

⁴ Se enfrentaron por primera vez, en 1879, con motivo de la inauguración, en Florida, de un monumento en homenaje a la independencia nacional: Juan Carlos Gómez cuestionó, desde la prensa de Buenos Aires, la independencia oriental y Bauzá le respondió desde las páginas de *La Nación*, argumentando que la independencia fue obtenida por la acción y el esfuerzo de los uruguayos. Estaba formulando las proposiciones centrales de su *Historia de la dominación española en Uruguay*, que se convertirían en versión oficial de la historia uruguaya.

⁵ Los enunciados performativos poseen, según John L. Austin, "la peculiaridad semántica de que con su enunciado no se describe o representa algo, sino que se realiza, es decir, se insta una nueva realidad" (AUSTIN 1955, p. 6). Utilizamos esta categoría prescindiendo parcialmente, de las implicancias estrictamente lingüísticas del mismo, en cuanto que los enunciados (entendidos como axiomas o "verdades" propositivas) que lo conforman "dan existencia a aquello que enuncian" (BOURDIEU 2001, pp. 15-16).

⁶ Existieron mecanismos de formación y legitimación que posibilitaron una dinámica interna y generaron posicionamientos jerárquicos entre los agentes. Aumentó notoriamente la producción bibliográfica y hemerográfica; se fundaron ámbitos institucionales a nivel nacional (Academia de la Historia, 1938) y provincial; surgieron centros superiores de formación para la investigación y la docencia en Historia (Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1896; Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, 1920). Es de destacar, además, el nacimiento de la Nueva Escuela Histórica (Emilio Ravignani, Ricardo Levene, Rómulo Carbia, entre otros) (cf. DEVOTO; PAGANO 2009, pp. 139 et seq.), corriente de amplio predicamento e implantación institucional, que se presentó como portadora y custodia de un saber objetivo y científico.

⁷ Los autores característicos de esta escuela eran autodidactas, en general abogados que investigaban

y, posteriormente, Juan Pivel Devoto – desatendieron los aspectos teórico-metodológicas de la disciplina y la creación de centros de formación. Poseían, en cuanto “historiadores del Estado”, un importante *peso funcional* que les permitía normalizar el acceso y permanencia al campo en formación. Lo hicieron funcionar en su beneficio. Enquistados en el aparato gubernativo administraron el *capital* que detentaban y establecieron un monopolio en la legitimación del saber y de la actividad historiográfica. Regentearon un conocimiento heterónimo y funcional que anatematizó a los disidentes. Tendieron a la conservación y a la reproducción, mediante definiciones “canónicas”, auto-constituyéndose como un “cuerpo sacerdotal”, guardián de la ortodoxia. Su mayor contribución, para propiciar la constitución del campo, fue la fundación de instituciones que nuclearon a los investigadores y generaron un marco propicio para desarrollar su labor.

En 1915, refundaron el *Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*. Nació como “una entidad privada subsidiada por el Estado con la contrapartida de prestarle asesoramiento en las materias de su especialización” (ZUBILLAGA 2002, p. 91). Sus socios abordaron el pretérito desde una perspectiva vindicativa, etático-nacionalista. Funcionó durante varias décadas cumpliendo fielmente su cometido, pero a mediados de siglo entró en decadencia.

En la década de 1920, se fundaron otras instituciones como el *Instituto de Estudios Superiores*, la *Junta de Historia Nacional*, y la *Sociedad Amigos de la Arqueología*. El fenómeno refleja la necesidad por organizar y canalizar los estudios históricos a efectos de superar el tradicional enfoque individual con que se realizaban hasta entonces. Contribuyeron de forma significativa, por un fenómeno de acumulación de masa crítica y de experiencias académicas, a la definición del campo.

La muerte de José Batlle y Ordoñez se produjo, en 1929, año de la crisis económica que sacudió los cimientos del capitalismo. A consecuencia de la misma, Uruguay sufrió una fuerte retracción en todos los niveles.

A nivel político, comenzaron a plantearse proyectos de reforma constitucional (en virtud de la aparente inoperancia del Poder Ejecutivo colegiado, implantado en la Constitución de 1917, para enfrentar la situación) impulsados por Presidente Gabriel Terra. Las dificultades para concretar las modificaciones referidas lo llevaron a dar un golpe de Estado (31 de marzo de 1933) con el apoyo del sector herrerista del Partido Nacional. La dictadura se prolongó hasta 1938 y estuvo institucionalmente sostenida por la constitución de 1934⁸.

El 27 de marzo de 1938, hubo elecciones en las que no participaron los opositores al régimen. Fue electo Presidente Alfredo Baldomir, cuñado de Terra y

por afición y como actividad sucedánea. Tomaron como objeto de estudio la historia nacional seccionada de la región y del mundo, dándole al acaecer comarcal una relevancia superlativa y explicable por sí misma. Contribuyeron a definir el “panteón” del imaginario colectivo patriótico y a establecer las fiestas paralitúrgicas correspondientes.

⁸ El Poder Legislativo sufrió un cambio significativo que afectó la composición del Senado: estaría integrado por 30 miembros, 15 por la lista más votada del partido ganador y otros 15 por la lista más votada de la minoría mayor, es decir, del grupo mayoritario del partido perdedor.

perteneciente a su fracción política. Baldomir, para sorpresa de muchos, no fue el continuador del terrismo. Su principal sostén, el sector herrerista del partido nacional, se pronunció, en los años de la Segunda Guerra Mundial, a favor de una posición neutral lo que le restó apoyo popular. El 21 de febrero de 1942, a un mes de las elecciones, Baldomir disolvió el Parlamento, convocó a elecciones generales el 29 de noviembre y plebiscitó una nueva constitución que destruía el sistema terrista. Los comicios los ganó Juan José de Amézaga, colorado que tuvo el respaldo de baldomiristas y batllistas. Fue un gobierno de transición que creó las condiciones para el retorno del batllismo al poder, en el marco de una nueva etapa de prosperidad económica. En ese contexto se dieron condiciones propicias para la configuración del campo historiográfico, fundamentalmente gracias a la fundación de dos instituciones como la Facultad de Humanidades y Ciencias (en adelante FHC) (1945) y del Instituto de Profesores Artigas (en adelante IPA) (1949), que contribuyeron a profesionalizar el ejercicio de la disciplina viabilizando la formación técnica y metodológica de los investigadores.

Surgimiento y consolidación del campo historiográfico

Entre las décadas de 1940 y 1950, Uruguay experimentó un período de bonanza económica debido a las exportaciones de carne y lana⁹. Sobre esta prosperidad coyuntural fundó su hegemonía el "neobatllismo" (1947-1958), movimiento del partido colorado liderado por Luis Batlle Berres, sobrino de José Batlle y Ordoñez. Sus medidas en pro de la industrialización generaron un importante apoyo del proletariado, la clase media y la burguesía industrial. Impulsó una reforma constitucional que fue aprobada por la ciudadanía y entró en vigencia en 1952; una de sus principales innovaciones fue reimplantar el Poder Ejecutivo colegiado.

En este contexto favorable (estimulado por el fenómeno nada desdeñable, en el plano del imaginario, de los éxitos deportivos, particularmente la obtención del campeonato del mundo por la selección uruguaya en 1950) se produjo la creación de la FHC y del IPA, instituciones que contribuyeron a transformar las características y las condiciones de producción historiográfica. Comenzó una verdadera renovación y *aggiornamento* de la disciplina gracias a: la incorporación de docentes extranjeros (que facilitaron el relacionamiento de historiadores uruguayos con sus pares de otras partes del mundo); la articulación de redes que permitieron superar el provincianismo académico; la inclusión de nuevos temas y problemas en la agenda de investigación; el adiestramiento en técnicas de la Historia; el desarrollo de la reflexión epistemológica.

Los referentes del sociolecto encrático no contemplaron pasivamente la pérdida de su larga hegemonía. La corriente tradicional se abroqueló en el Museo Histórico Nacional. Bajo la orientación de Juan Pivel Devoto se conformó un grupo de trabajo muy compacto que representó el cenit de la historiografía nacionalista. La *Revista Histórica* canalizó los productos de sus indagaciones.

⁹ La memoria popular conservó expresiones paradigmáticas que reflejan el estado de ánimo general y una mentalidad autocomplaciente: la "Suiza de América", la "Atenas del Plata", entre otras.

Pivel se transformó en una especie de “sumo sacerdote de la nación”, consagrado a glorificar la patria y sus héroes. En 1985, el Senador Guillermo García Costa, relató en el Senado una anécdota muy ilustrativa:

Se ha hablado de la profundidad de sus estudios, de sus grandes conocimientos y de su alta imparcialidad; pero yo quiero contar una anécdota que habla del Pivel uruguayo [...]. Sucedió en una de esas tantas circunstancias que se viven en la vida política en que se profieren juicios contra personalidades históricas [...]. En esa oportunidad alguien recurrió a Pivel y le dijo: ‘Profesor, de esto usted debe tener documentación [...]’. Entonces Pivel le contestó con una frase muy hermosa respecto de la cual alguien puede opinar que no pertenece a un historiador impecable; pero la rescato como la de un patriota impecable. Le dijo: ‘Yo no estoy dispuesto a dar elementos que socaven a los grandes héroes que han contribuido a crear la nacionalidad. Todos tuvieron sus momentos de flaqueza [...] pero creo que lo que al país le interesa es rescatar lo que de noble y magnífico hay en los creadores de la nacionalidad y de los Partidos, es decir, los que contribuyeron a hacer la patria. De esos elementos no doy datos aunque los conozca.’ [...] Estos conceptos quedaron muy grabados en mi mente porque me conmovieron, ya que contribuyeron a crear la Patria y pienso que es importante que estas naciones nuevas tengan un sentimiento de reverencia para quienes hicieron mucho, aunque a veces hayan flaqueado. (GARCIA COSTA 1985, p. 3)

131

El hecho reseñado refleja la significación de Pivel y su trabajo para un sector importante del espectro político e ideológico. Pone en evidencia, además, una concepción heterónoma y utilitaria de la historia. Estaban dadas las condiciones para la emergencia de uno de los fenómenos característicos, constituyentes y dinamizadores, del campo historiográfico: la competencia por preeminencia epistemológica (criterios de validación y reconocimiento de/sobre los pares y sus producciones) y funcional (control de los mecanismos de acceso a cargos, financiamiento y ediciones).

La fundación de dos instituciones de formación con perfiles distintos – de profesores de enseñanza media uno (IPA), de investigadores el otro (FHC) –, determinó que la titulación académica se convirtiera en requisito de reconocimiento profesional. Este mecanismo de validación endógena favoreció la autonomía del conocimiento histórico y, por ende, la definición de su campo específico. Desde entonces aumentaron los requisitos de ingreso. Se incrementó el “juego” entre los agentes (autores/instituciones) por la legitimación de convicciones y posiciones, especialmente a partir de la designación de Pivel como docente del IPA (1951).

La estructura del campo tendía a la conservación, pero las “luchas” lo transformaron lenta y paulatinamente. Los referentes de diversas tendencias pudieran formalizar su magisterio e influir sobre potenciales discípulos que pujarían por puestos laborales y preeminencia en las interpretaciones del pretérito¹⁰. Nuevas generaciones de historiadores formados en la FHC y en el IPA,

¹⁰ La propia existencia de centros tan distintos provocó enfrentamientos que se prolongan hasta el presente. La disputa estuvo centrada en el acceso a los cargos docentes en Secundaria. Los egresados del IPA se arrogaron la exclusividad en función de la formación pedagógica que recibían. Más allá de

disputaron y compitieron por la legitimidad intelectual, tanto en el plano teórico-metodológico, como en el más concreto de acceso a cargos académicos, de gestión cultural, o por fondos de financiamiento de investigaciones.

La FHC fue concebida originalmente por su impulsor, el filósofo Carlos Vaz Ferreira, como una institución destinada a estimular la docencia y la investigación en las disciplinas humanísticas y científicas. En 1947, el historiador argentino Emilio Ravignani fue designado Director del *Instituto de Investigaciones Históricas* de la misma. Contaba con un sólido prestigio originado en su labor al frente del *Instituto de Investigaciones Históricas* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Tanto los criterios que guiaron la fundación de la Facultad, como el nombramiento de Ravignani, generaron duras controversias. Estas tensiones resultarían decisivas para la profesionalización de la disciplina y marcaron una cesura de su tradicional servidumbre estatal-legitimante y convalidadora de referentes nacionalistas.

La designación de Ravignani motivó protestas en el Parlamento y la prensa. Se cuestionó el hecho de confiar a un extranjero (un "porteño") el estudio del pasado nacional. Las críticas tenían un tono nacionalista agresivo y estaban formuladas principalmente, aunque no sólo, por adherentes al partido blanco. Deben contextualizarse en el ambiente de confrontación ideológica imperante en la época y en el marco de sospechas de cierto filofranquismo de Pivel Devoto (cf. ZUBILLAGA 2002, pp. 76-83).

La gestión de Ravignani (1947-1954) renovó las prácticas tradicionales. Fomentó la instalación de "delegaciones" del *Instituto de Investigaciones Históricas* en Buenos Aires, Sevilla, Londres y París, con el objeto de relevar documentación custodiada en repositorios de esas ciudades; estableció relaciones epistolares con centros académicos de Europa, Estados Unidos y América Latina, a efectos de fomentar el canje de publicaciones; propuso un plan editorial para canalizar la publicación de fuentes.

Desde el punto de vista epistemológico, el principal aporte de la FHC fue establecer programas y proyectos de investigación abiertos a indagatorias y contrastaciones empíricas, sin preconceptos ni hipótesis previas.

Otro artífice de la transformación fue José Luis Romero, también argentino. En 1949, fue designado docente de dos materias claves de la Licenciatura como *Introducción a los Estudios Históricos y Filosofía de la Historia*. Contribuyó a superar el modelo neopositivista vigente y propiciar un acercamiento del "estudiantado de Historia a la teoría del conocimiento, sorteando de tal modo el escollo generalizado de una enseñanza que oscilaba ente lo puramente fáctico

los fundamentos esgrimidos, la exclusión de los universitarios de la posibilidad de dictar clase en los liceos oficiales está vinculada a la autonomía técnica y de pensamiento adquirida durante los años de su formación. El Estado no podía tolerar perder influencia sobre la educación en escuelas y liceos. Todavía en la actualidad, la mayoría de los integrantes de los Consejos de Enseñanza Primaria y Secundaria son nombrados por el Poder Ejecutivo, lo que le permite un cierto control tanto en el reclutamiento y formación del profesorado, elaboración de planes, y establecimiento de los mecanismos de acceso a los cargos docentes de los egresados del IPA. De esta forma se pretendía asegurar la perpetuación, en la historiografía didascálica, de los contenidos esenciales del discurso nacionalista, autoconvalidador de la hegemonía detentada por los sectores dominantes en la administración estatal.

y la interpretación 'impresionista' del pasado". (ZUBILLAGA 2002, p. 183) A partir de 1952, su labor estuvo centrada en el *Seminario de Historia de la Cultura*, espacio académico renovador, que estimuló el acercamiento de los estudiantes a las fuentes originales de conocimiento y la reflexión crítica sobre las mismas. El *Seminario* dio lugar, en 1962, a la creación de la *Sección Historia de la Cultura*, dirigida honorariamente por Romero quien realizaba periódicas visitas a Montevideo. Bajo su orientación se formaron historiadores de la talla de Juan Antonio Oddone y Gustavo Beyhaut.

Una de las oportunidades en que la competencia por la hegemonía se pudo visualizar de manera más clara fue en ocasión de la puja por la dirección del *Instituto de Investigaciones Históricas*, abierta, en 1954, con motivo de la muerte de Ravignani. En el diario *El Día* se cuestionó la "entrega" que la Universidad había realizado de los estudios de historia nacional en manos de un extranjero, y se proponía establecer una dirección colegiada, integrada por historiadores uruguayos. Carlos Zubillaga sugiere que esta prédica pudo haber sido estimulada por Pivel y ciertos "núcleos opuestos a Jiménez de Aréchaga, Petit Muñoz, Narancio y Traibel" (ZUBILLAGA 2002, p. 178), destacados miembros del Instituto.

Mientras se producían los eventos referidos, la situación del país estaba cambiando. A mediados de la década de 1950 comenzaron a experimentarse los primeros síntomas de una crisis de carácter estructural. La nueva coyuntura internacional, derivada de la reconstrucción de Europa y la disminución de los precios internacionales de las materias primas, provocó una contracción de la economía generando cierre de fábricas, desocupación e inflación. El gobierno intentó aplicar medidas paliativas, pero fracasó. La sociedad, en sus distintos estamentos, reaccionó en defensa de sus intereses.

En los comicios de 1958 triunfó el Partido Nacional, luego de 93 años de estar fuera del gobierno, gracias al apoyo electoral de sectores ruralistas que se sintieron perjudicados por la política económica del neobatllismo. Durante su gobierno (1959-1967), los blancos no lograron revertir la crisis. El descontento y la conflictividad social aumentaron exponencialmente.

Había un sentimiento popular sobre la inutilidad del Poder Ejecutivo colegiado para solucionar los problemas. Una reforma constitucional, plebiscitada en 1966, reimplantó el Poder Ejecutivo unipersonal. En los comicios generales de ese año ganó el general Oscar Gestido, candidato del partido colorado. Su gobierno duró pocos meses pues falleció el 6 de diciembre de 1967, lo sucedió el vicepresidente, Jorge Pacheco Areco (1967-1972). Pacheco ejerció un gobierno autoritario y represivo que polarizó a la sociedad.

El aumento de la violencia (guerrillera, gubernamental, estudiantil y gremial) sorprendió a una sociedad tranquila acostumbrada a solucionar sus problemas por vías pacíficas. La expresión más radical del descontento fue el surgimiento de la guerrilla urbana, el *Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros* (1965).

La crisis deshizo las utopías autocomplacientes articuladas en la primera mitad del siglo XX y, para muchos, puso en cuestión la propia viabilidad del país.

Los rasgos identitarios que definían el “nosotros” nacional entraron en conflicto. Eduardo Galeano describía con tintes pesimistas la situación:

La crisis es una empresa de demoliciones. [...] El derrumbamiento está aquí, en torno a nosotros y en nosotros mismos, que somos sus protagonistas. [...] Los dueños del sistema sienten el suelo abrirse bajo sus pies y confunden sus crujidos con la definitiva hecatombe nacional. Han deshecho la patria: se abrazan a la bandera. Se hace más intenso que nunca, por disposición oficial, el culto de los símbolos de la nacionalidad, como si con himnos y con enseñas pudiera cubrirse el hondo vacío cavado hasta las entrañas de la nacionalidad misma. (GALEANO 1969, p. 1).

La década de 1960 fue un tiempo de cambios, se procuraron identificar los problemas estructurales del Uruguay y plantear soluciones. En el plano intelectual los esfuerzos no fueron menores. Hubo una “reflexión” ensayística en torno al ser nacional y a la viabilidad del país realizada, entre otros, por Daniel Vidart (antropólogo), Roberto Ares Pons (historiador), Vivián Trías (dirigente socialista y escritor), Aldo Solari (sociólogo), y Alberto Methol Ferré (historiador) (cf. REAL DE AZUA 1969). Predominó una tendencia crítica que puso en entredicho las certidumbres del imaginario colectivo.

La historiografía no estuvo al margen de esta tendencia general. Continuó el proceso de transformación motorizado por las investigaciones de la FHC, el influjo ejercido por la Escuela de los *Annales*, y la acción de docentes extranjeros como Ruggiero Romano y Tulio Halperín.

En este marco surgió una corriente denominada *Nueva Historia*, sus principales exponentes eran egresados de la FHC (Juan Antonio Oddone, Blanca Paris, Raúl Jacob) y del IPA (José Pedro Barrán, Benjamín Nahum). Acicateados por su presente intentaron otear el pretérito desde perspectivas temáticas y epistemológicas nuevas, procuraron encontrar las razones de la crisis. Sus investigaciones constituyeron verdaderas empresas de clarificación del presente más que de conocimiento del pasado¹¹. Frente al discurso encrático de la historia nacionalista emitieron un discurso acrático, cuestionador.

También la historiografía marxista efectuó un aporte trascendente, particularmente el equipo integrado por Lucía Sala, Nelson de la Torre y Julio Rodríguez. Realizaron una investigación de largo aliento cuyo objetivo principal era estudiar la aplicación del “Reglamento Provisorio de la Provincia Oriental para fomento de su campaña y seguridad de sus hacendados” (1815). Procuraron rastrear la génesis de algunos de los problemas estructurales más graves de la historia uruguaya, la propiedad y distribución de la tierra, el latifundio,

134

¹¹ Resulta ilustrativa la reflexión de Raúl Jacob sobre estos temas en 1969: “Nunca como en los momentos de crisis se acentúa tanto la necesidad de conocer el pasado. [...] Acucia el deseo de rastrear el pasado para comprender el turbulento presente pero siempre con miras de construir un futuro. [...] Para las clases populares este conocimiento es imprescindible como arma de lucha. El pasado es la historia de su opresión. Las clases dominantes tienen por su parte la necesidad de crear una imagen rosa del pasado, sin luchas de clases y accionado por héroes sin ideas sociales. Si las poseen (el caso de Artigas) se los glorifica sin ellas para castrar la esencia de su pensamiento. Todo niño de escuela repite ‘sean los orientales tan ilustrados como valientes’, pero a muy pocos se les enseña ‘que los más infelices sean los más privilegiados.’” (JACOB 1969, p. 136).

la explotación ganadera, munidos de lo que consideraba una herramienta científica para interpretar la realidad, el materialismo histórico. Atacaron con dureza la visión brindada por la historia tradicional de la “plácida siesta colonial” y pusieron en entredicho a la figura de Artigas al presentarlo como un revolucionario social.

Según Lucía Sala, el ambiente intelectual llevó a los autores progresistas a hurgar en aspectos de la historia que no se habían revelado, pretendían elaborar

[...] una historia que fuera historia del pueblo, todos estábamos en eso. En ese sentido tenía orientación política. [...] Fue la época de las revoluciones, de los cambios de estructura. Íbamos a buscar determinados temas... el historiador también encuentra lo que busca, porque el tema de la tierra estaba en este país. Simultáneamente empezamos nosotros a trabajar y Pivel le pidió a Barrán y Nahum que sacaran una serie de documentos. El tema se había puesto en un primer plano. Creo que también estuvo bastante relacionado todo el problema agrario en los '50 y '60, con los planteos de la CEPAL. (SALA 1999, p. 5).

Los libros de Sala, Rodríguez y de la Torre: *Estructura económico-social de la colonia* (1967); *Evolución económica de la Banda Oriental* (1967); *La revolución agraria artiguista* (1969), entre otros, representan una de las expresiones más importantes de la historia acrítica. El equipo realizó una indagatoria tesonera durante catorce años (1958-1972) que le permitió cuestionar la hegemonía hermenéutica de la historiografía tradicional en la estructura del campo y pugnar por la apropiación simbólica del pasado, en especial de la figura de Artigas.

La consideración de las principales producciones de la época permite apreciar un marco conceptual sólido a partir del cual los autores perfilaban temas, seleccionaban lecturas, elegían fuentes y formulaban interrogantes a las mismas. Hubo una tendencia a trabajar en equipo en virtud de la complejidad de los asuntos abordados y la necesidad de relevar amplios repertorios documentales. Una de las expresiones fundamentales de la consolidación del campo historiográfico fue la creación y funcionamiento, entre 1970 y 1973, del grupo *Historia y Presente*, conformado por historiadores de diversas filiaciones ideológicas e institucionales (Benjamín Nahum, José Pedro Barrán, Lucía Sala, Juan Oddone, entre otros) que compartían la común preocupación por la renovación de la disciplina.

Uno de los indicadores más claros de las profundas transformaciones que se estaban produciendo en el campo fue la competencia entre los propios agentes renovadores. Estos no constituían un frente común, empeñado en la lucha contra quienes detentaban hasta entonces la preeminencia: también entre ellos hubo un intenso “juego” por obtener posiciones hegemónicas¹².

El afianzamiento del “mercado consumidor” de libros (bienes culturales producidos por los agentes del campo), permitió la divulgación y, concomitantemente, una dinamización de la indagatoria del pretérito, en función

¹² A título de ejemplo puede citarse un artículo de Barrán, de 1967, publicado en el Semanario *Marcha*, criticando la reciente publicación del libro *Evolución económica de la Banda Oriental*, de Sala, Rodríguez y de la Torre. (Téngase en cuenta que el tema de la propiedad de la tierra era uno de los que atraían la preocupación de los historiadores y del mercado. En ese año 1967, además de los libros del equipo

de las demandas de una sociedad en crisis que requería explicaciones y respuestas. Proliferaron editoriales y publicaciones que permitieron una rápida y masiva difusión de la historia investigada.

Si bien la historiografía tradicional estimuló la labor editorial, esta se había producido a costo del Estado y con el objeto de divulgar fuentes relacionadas con la exaltación de los mitemas referenciales (caso del *Archivo Artigas*¹³), obras clásicas representativas de la "cultura nacional" (*Colección de "Clásicos Uruguayos"*¹⁴), o investigaciones realizadas al amparo de instituciones oficiales (la *Revista Histórica*). Los emprendimientos más significativos en este orden fueron dirigidos, durante varias décadas, por Pivel Devoto y, aunque aparecieron algunos trabajos originales, no tuvieron por principal objetivo divulgar investigaciones renovadoras, fundamentalmente se ocuparon de profundizar los tópicos de la tesis independentista clásica y estimular el culto a la patria¹⁵.

En función del desarrollo editorial los agentes del campo historiográfico pudieron divulgar masivamente sus trabajos, no sólo en forma de libros, sino también de series fasciculares, en tirajes muy elevados y a un costo accesible (*Capítulo Oriental*, por ejemplo). Surgieron diversas editoriales dispuestas a asumir los riesgos de publicar libros de historia, tal vez los casos más emblemáticos fueron *Ediciones de la Banda Oriental*, Editorial Arca, y, dentro de la órbita de influencia del Partido Comunista, *Ediciones Pueblos Unidos*.¹⁶ Fue posible superar la arraigada práctica de las ediciones de autor y las subvencionadas por el Estado, contribuyendo de esta forma a la autonomía del campo.

136

marxista, se habían publicado: el primer tomo de la *Historia rural del Uruguay moderno* de José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, y *De las vaquerías al alambrado* de Aníbal Barrios Pintos.) Sostenía que los autores manejaban "conceptos tan afines a otra realidad, la Europa feudal, que hacen correr el riesgo al lector desprevenido de cometer un trasplante mecánico de situaciones. Creemos que ellos mismos han utilizado, sin el necesario esfuerzo por acondicionar y nacionalizar, conceptos y palabras demasiado cargados ya de un significado preciso en la historia europea como para que se los pueda utilizar sin dificultades en la nuestra". El aspecto más cuestionado fue que el libro "se resiente por no haber roto definitivamente con los esquemas tradicionales de nuestra historiografía" pues "el documento debe orientar, no dominar. Aquí domina". (BARRAN 1967, p. 8).

¹³ Con motivo de la celebración del centenario de la muerte de Artigas, en 1950, el Parlamento creó, por ley del 13 de junio de 1944, la COMISION NACIONAL DEL ARCHIVO ARTIGAS (en adelante CNA) con el objetivo de localizar, relevar, reproducir y publicar todos los documentos relativos al prócer existentes en repositorios uruguayos y extranjeros. Pivel ocupó un lugar en la Comisión Directiva pues la ley indicaba que el Director del *Museo Histórico Nacional* era miembro nato de la misma. La ley exigía que la copia y publicación de los documentos debía hacerse respetando escrupulosamente los textos originales. La tarea de corrección de las pruebas de imprenta fue siempre un trabajo muy engorroso pero realizado con especial cuidado. El propio Pivel hacía la revisión final.

¹⁴ Una ley del 10 de agosto de 1950, enmarcada en la serie de homenajes al prócer, creó la *Biblioteca de Autores Clásicos Uruguayos* que se denominaría "Biblioteca Artigas". Tenía por objetivo reimprimir en ediciones baratas pero dignas, obras literarias, científicas e históricas consideradas clásicas pero agotadas o inhallables. Se encomendó la publicación al Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. La misma ley estableció una Comisión para encargarse de la selección y presentación de obras y autores. Estaría presidida por el Ministro de Instrucción Pública, e integrada por los directores del Archivo General de la Nación, Biblioteca Nacional y Museo Histórico Nacional. Pivel fue miembro nato de la Comisión. Se exhumaron y publicaron más de 170 títulos considerados relevantes como patrimonio cultural del país.

¹⁵ Es interesante el caso de la *Revista Histórica*, reeditada, a partir de 1940, por el Museo Histórico Nacional, bajo la dirección de Pivel. En un estudio cuantitativo de los 40 tomos que aparecieron hasta la destitución de Pivel, Carlos Zubillaga demuestra que sobre un total de 25.424 páginas de texto, 12.813 páginas estaban dedicadas a la publicación de fuentes (50.4% del total), 10.609 a resultados de indagatorias historiográficas (41.7%), 626 a advertencias (2.5%), y 1376 de catálogos e índices (5.4%) (ZUBILLAGA 1987, p. 18).

¹⁶ Resulta ilustrativo que de los dos primeros tomos de la serie de libros de Sala, Rodríguez y de la Torre, se imprimieron, en su primera edición, 1500 y 5000 ejemplares respectivamente, que se

Este fenómeno fue muy importante pues el “boom” editorial se produjo en función de una sociedad que necesitaba explicaciones, que “demandó” una literatura histórica. Los historiadores estuvieron, en este sentido, atentos a esos requerimientos. La producción historiográfica no es un producto inocente, depende de una serie de factores (tradiciones culturales, necesidades del sistema educativo, círculos críticos) y sistema de relaciones (editor-autor, autor-autores, autor-crítica) que actúan en el campo e influyen sobre el creador. Este, cuando escribe, responde a diversas demandas sociales; está mediatizado por su posición en relación con otros agentes que organizan el campo y legitiman las obras. La significación de una obra es resultado, en última instancia, de un múltiple juego de influencias: el “mercado” tiende a transmitir sus gustos, necesidades e inquietudes a los productores de bienes simbólicos, éstos, a su vez, influyen (mediante sus libros, ensayos y artículos), sobre los lectores.

A comienzos de la década de 1970, la situación socioeconómica y política era sumamente compleja. Como parte de la reacción popular contra el autoritarismo del gobierno de Pacheco, se produjo un fenómeno político novedoso, la fundación del Frente Amplio (1971), coalición de partidos de izquierda y de sectores progresistas de los partidos tradicionales. El Frente participó en las elecciones de 1971 y logró un significativo 18% de los votos, rompiendo definitivamente con el tradicional bipartidismo uruguayo. Los comicios los ganó Juan María Bordaberry, candidato del partido colorado apoyado por Pacheco.

La dialéctica violentista se agudizó, recrudecieron las acciones del MLN, las críticas de la oposición, las contradicciones internas en los partidos, y la movilización sindical. Las fuerzas armadas fueron tomando un protagonismo muy importante y ocuparon espacios que el poder civil se mostraba incapaz de llenar. El proceso culminó el 27 de junio de 1973 cuando el Presidente Bordaberry disolvió el Parlamento, el gobierno pasó efectivamente a manos de los militares quienes lo detentaron once años. Durante ese lapso, se desarrolló la dictadura más férrea que conoció el país. Se violaron los derechos humanos, la educación y la cultura fueron arrasadas. En 1985, se reimplantó la democracia y comenzó un período de reconstrucción.

El golpe de Estado y la intervención de la Universidad de la República no detuvieron la renovación historiográfica. Los historiadores, desde el exilio o insertos en los centros privados de investigación, continuaron su labor y formaron nuevas generaciones de investigadores. Una vez reinstitucionalizado el país en 1985, volvieron a sus cargos en la Universidad los docentes que habían sido destituidos e ingresaron otros que, en conjunto, siguieron innovando.

Esporádicamente se produjeron polémicas que reflejaron no sólo criterios encontrados de concepción sobre la historia nacional, sino también, luchas por

agotaron, según testimonio de los propios autores, en un mes. A esta dinámica del mercado interno se sumó la demanda externa, por ejemplo, de Estados Unidos que adquiría cientos de ejemplares para su red de bibliotecas y universidades.

el prestigio y la legitimidad del conocimiento. Algunas tuvieron como protagonista a un anciano Pivel que mantenía invariables sus convicciones y tuvo tiempo para disentir con las nuevas orientaciones historiográficas¹⁷. En 1994, generó un debate muy interesante: el 8 de julio de ese año se presentó en el Cabildo de Montevideo el libro *El voto que el alma pronuncia* de Alvaro Diez de Medina. Al acto concurrió el Director del Archivo General de la Nación, Prof. Abelardo García Viera, quien actuó como portavoz de Pivel y puso en entredicho la producción historiográfica de las últimas dos décadas (1974-1994). Alegó que la nueva generación de historiadores se había apartado de la enseñanza de los maestros (*Semanario Búsqueda* 1994). Estas declaraciones suscitaron una fuerte respuesta por parte de Gerardo Caetano argumentando que no podía negarse, al barrer, la renovación producida en la historiografía uruguaya a partir de la década de 1960.

Conclusión

Los historiadores actúan en función del *habitus* que poseen: un oficio que involucra un conjunto de técnicas, referencias y creencias que dependen, en cierta medida, de la evolución de la disciplina y que posibilitan el funcionamiento del campo. La profesionalización e institucionalización de los estudios históricos en Uruguay, a mediados del siglo XX, posibilitó la definición de un nuevo *habitus* que puso en cuestión las certidumbres canónicas de y sobre la Historia. Asignó un nuevo valor al discurso de los historiadores en función de su relevancia académica, relativizando otras "credenciales" o "avales" de tipo político-funcional (el "cargo" ocupado en la administración cultural).

El campo historiográfico uruguayo, si bien tiene rasgos definidos y goza, indudablemente, de autonomía, no alcanzó todavía su plenitud epistemológica y creativa. Faltan revistas dedicadas específicamente a la difusión de las novedades de investigación; articulación de cursos de posgrado, en particular doctorados, que faciliten a los investigadores nacionales una formación de alta especialización; flexibilización curricular en los cursos de grado para dinamizar las carreras de estudiantes que ven, en muchos casos, enlentecidos sus estudios en función de modalidades de evaluación propias de una maestría y no del nivel de licenciatura; superar las tensiones atávicas e irracionales entre instituciones (IPA-FHC) que seis décadas después de su fundación continúan enfrentadas, a efectos de motorizar una relación más aceiteada y fluida entre la historiografía investigada y la historiografía enseñada.

138

¹⁷ En la entrevista con Alicia Vidaurreta Pivel advierte lo siguiente: "[...] la apertura de la profesión histórica a nuevos temas (historia urbana, historia de las mujeres, la historia de las revoluciones laborales, entre otros) abrió muchas posibilidades para la utilización de nuevas metodologías y fuentes; pero aquí es necesario ser muy cauteloso, porque cuando historiadores extranjeros enfocan esos temas, generalmente tienen un entendimiento muy superficial de los procesos históricos, sociales y económicos, y de sus interacciones. [...] mi generación no tuvo acceso a refinadas metodologías, ni a fuentes o bibliografías extranjeras, a las cuales es fácil acceder hoy. Las generosas becas y extraordinarios avances en la tecnología de hoy acelera y facilita la investigación. Pero existe otra cara de esas ventajas: sus beneficiarios tienen muchas veces, sólo un conocimiento superficial de la historia que tratan de reconstruir; computadoras y procesadores de texto son inútiles cuando esta deficiencia existe." (VIDAURRETA 2001, pp. 31-32)

La lista de cuestiones pendientes es larga, pero recientemente se han creado algunos instrumentos que tienden a estimular y apoyar la labor de los investigadores, me refiero al establecimiento de fondos concursables por parte del Ministerio de Educación y Cultura, realización de convenios entre universidades uruguayas y extranjeras, los diversos programas de la Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República, y, muy particularmente, la creación, en el año 2008, del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) por parte de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII) que ha, de hecho, reconocido oficialmente la profesión de investigador y categorizado a los mismos. Signos auspiciosos que permiten mirar con optimismo el futuro del campo historiográfico uruguayo en un marco de globalización del conocimiento.

Referencias bibliográficas

- ACHUGAR, Hugo; CAETANO, Gerardo (Compiladores). **Identidad uruguaya: ¿límite, crisis o afirmación?** Montevideo: Trilce, 1993, tercera edición.
- ALTAMIRANO, Carlos; SARLO, Beatriz (Introducción, notas y selección de textos). **Literatura y sociedad**. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1977.
- ANDERSON, Benedict. **Comunidades imaginadas**. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México: F.C.E., 1997.
- AUSTIN, John L. **Cómo hacer cosas con palabras**. Santiago de Chile: 1955. Disponible en <http://www.philosophia.cl/Escuela de Filosofía Universidad ARCIS>.
- BARRAN, José Pedro. La auténtica historia comprometida. **Marcha**, nº 577, pp. 8-9. 8 de setiembre de 1967.
- BARTHES, Roland. **El susurro del lenguaje**. Más allá de la palabra y la escritura. Barcelona: Paidós, 1994.
- BOURDIEU, Pierre. **Las estructuras sociales de la economía**. Buenos Aires: Manantial, 2001.
- _____. **¿Qué significa hablar?** Economía de los intercambios lingüísticos. Madrid: Akal Ediciones, 2001, tercera edición.
- _____. **Pensamiento y acción**. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2002.
- _____. **Campo de poder, campo intelectual**. Itinerario de un concepto. Buenos Aires: Montessor, 2002.
- BUCHBINDER, Pablo. La historiografía rioplatense y el problema de los orígenes de la nación. **Cuadernos del CLAEH**, nº 69, pp. 29-47, 1994.
- _____. Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina. **Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani**, nº 13, pp. 59-82, 1996.

- CARBIA, Rómulo. **Historia de la historiografía argentina**. La Plata: Coni, 1925.
- CAETANO, Gerardo. Notas para una revisión histórica sobre la "cuestión nacional" en el Uruguay. **Revista de Historia de la Universidad Nacional de Comahue**. nº 3, pp. 59-78, 1992.
- CAPDEVILA, Luc. **Una guerra total: Paraguay, 1864-1870**. Asunción: Universidad Católica, 2010.
- DEVOTO, Fernando; PAGANO, Nora. **Historia de la historiografía argentina**. Buenos Aires: Sudamericana, 2009.
- GALEANO, Eduardo; JACOB, Raúl. Nuestra historia y los jóvenes. **Enciclopedia uruguaya**, nº 57, pp. 48-49, 1969.
- GARCIA COSTA, Guillermo. Palabras pronunciadas el 14 de mayo de 1985 con motivo del nombramiento del Profesor Juan Pivel Devoto como Presidente del Consejo nacional de Educación. **Actas Parlamentarias**. Montevideo: Senado de la Nación, 1985.
- GONZALEZ RUIZ, Ramón, Enunciados performativos y verbos performativos: acerca de la performatividad como propiedad gradual (con especial referencia al español). **Hesperia**: Anuario de filología hispánica, nº 9, pp. 107-126, 2006.
- HALPERIN, Tulio. **Ensayos de historiografía**. Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto, 1996.
- ODDONE, Juan. La historiografía uruguaya en el siglo XIX. Apuntes para su estudio. **Revista Histórica de la Universidad**. Montevideo, nº 1, pp. 1-35, 1959.
- REAL DE AZUA, Carlos. El Uruguay como reflexión (I y II). **Capítulo Oriental**, nº 36-37, pp. 561-575, 577-592, 1969.
- _____. **Los orígenes de la nacionalidad uruguaya**. Montevideo: Arca, 1991.
- ROMERO, José Luis. **Las ideas políticas en Argentina**. Buenos Aires: FCE, 1956.
- Semanario Búsqueda**. Controversia en torno a las tendencias revisionistas sobre la "historia oficial" y el origen de la independencia del Uruguay. Montevideo: 14 de julio de 1994.
- SHUMWAY, Nicolás. **La invención de la Argentina**. Historia de una idea. Buenos Aires: EMECE, 1993.
- Testimonios orales de Lucía Sala, Nelson de la Torre, y Julio Rodríguez (**Entrevistas con el autor**). Montevideo, 1999.
- VIDAURRETA, Alicia. **Conversaciones con Juan Pivel Devoto**. Montevideo: Ediciones de la Plaza, 2001.

- WASSERMAN, Fabio. **Entre Clío y la Polis**. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860). Buenos Aires: Teseo, 2008.
- ZERAOUI, Zidane. **Modernidad y posmodernidad**. La crisis de los paradigmas y valores. México: Noriega Editores, 2000.
- ZUBILLAGA, Carlos. Historiografía y cambio social. **Cuadernos del CLAEH**, nº 24, pp. 23-47, 1982.
- _____. **Historia e historiadores en el Uruguay del siglo XX. Montevideo**: Librería de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2002.
- _____. **La segunda época de la "Revista Histórica" (1941-1982)**. Su significación en la historiografía nacional. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias, 1987.
- ZUBILLAGA, Carlos - CAYOTA, Mario. **Cristianos y cambio social**. Montevideo: CLAEH-Banda Oriental, 1988.